

## LA GUERRA ENTRE LOS SEXOS EN UNA COMUNIDAD CAMPESENA MEXICANA \*

Michael Maccoby

EN LA comunidad campesina mexicana que ha sido objeto de un estudio socio-psicológico que ha durado cinco años, el conflicto entre los sexos es el foco y el generador de las perturbaciones sociales y emocionales. Muchos maridos abandonan a sus esposas. Otros, por su descuido y por sus exigencias llevan a sus mujeres a abandonarlas o las obligan a abandonar el hogar. Como resultado de ello, más del veinte por ciento de las familias de la comunidad son matriarcales, gobernados por la madre o la abuela con hijos que con frecuencia son de distintos padres. El jefe femenino de la casa puede tener actualmente un consorte, pero estas uniones son de poca duración. En la mayoría de las familias, el conflicto entre los sexos no ha conducido a la ruptura, sino a una tregua armada o al dominio de uno de los cónyuges, ya sea el marido o la esposa. La armonía entre los sexos es rara. Cuando el hombre domina, es probable que se trate de una persona sobria y económicamente sólida, pero su esposa está esclavizada dentro de la casa. Cuando domina la esposa, el marido campesino, derrotado, con frecuencia busca su hombría perdida en la bebida.<sup>1</sup>

¿Qué es lo que determina la relación entre los sexos en la aldea? ¿Por qué existe guerra en lugar de haber armonía? ¿Por qué, en contraste con los patriarcales estructurados, no existe un dominio claro de uno de los sexos sobre el otro? ¿La relación está regida por instituciones culturales, como las prácticas de criar a los niños, costumbre, religión, juegos y folklore? ¿Qué papel desempeñan las fuerzas del carácter de los individuos, sus modos de relacionarse, de asimilar, y su nivel de interés creador en la vida? Y finalmente, ¿cuál es la influencia de la estructura socioeconómica de la sociedad? ¿Las relaciones económicas y las diferencias de clase son rasgos importantes en el conflicto entre los sexos?

Los métodos utilizados en este estudio fueron elaborados para contestar preguntas como éstas. Por medio de un cuestionario socioeconómico, de un cuestionario proyectivo, de pruebas de proyección y de la observación participante, tanto las características socioeconómicas como la estructura motivacional de los aldeanos han quedado diagramadas, de modo que viene a ser posible buscar correlaciones significativas entre índices de conducta y caracterológicos.

\* Este estudio fue patrocinado por el Foundation Fund for Research in Psychiatry. El estudio socio-psicológico de una comunidad campesina mexicana, del cual forma parte este informe, fue iniciado y dirigido por el doctor Erich Fromm, a quien deseo agradecer sus críticas y su clarificación teórica. También agradezco al doctor ingeniero Sergio Beltrán el haber puesto a mi disposición las instalaciones del Centro de Cálculo de la UNAM y al señor Adrián Cañedo el haber programado las correlaciones estadísticas.

<sup>1</sup> Véase M. Maccoby, "El alcoholismo en una comunidad campesina", *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, 1:1, 1965.

Antes de describir los métodos con mayor detalle, será útil tener presente el marco del estudio. La aldea es una comunidad agrícola mestiza de 850 habitantes, en el Estado de Morelos, aproximadamente a 100 km. de la ciudad de México. Aunque este lugar formó en la época prehispánica parte del Imperio Azteca, no sobreviven ni la lengua náhuatl ni tradiciones indígenas. La aldea fue una de las primeras que colonizaron los conquistadores españoles. Antes de la revolución de 1910, formaba parte de una hacienda, construida a fines del siglo XVI o principios del XVII, que dependía de la cosecha de caña de azúcar. Aún antes de la Revolución, a mediados del siglo XIX, los aldeanos se rebelaron violentamente en contra de sus amos españoles y en 1910 se encontraron en el centro de la lucha que libraba Emiliano Zapata por obtener la reforma agraria. La vida en la aldea fue destrozada por la Revolución, la población fue diezmada y la hacienda quedó en ruinas. Posteriormente, en la década de 1920, llegaron de los estados de Guerrero y de México inmigrantes que buscaban tierras fértiles en el valle de Morelos, de modo que sólo una tercera parte de los habitantes actuales descienden de las familias que trabajaron en la antigua hacienda. Este modelo es común también en las aldeas vecinas. Los inmigrantes llevaron consigo a la aldea un espíritu reformista. Buscaron apartarse de las tradicionales y costosas fiestas a las cuales culpaban de la embriaguez, la violencia y la pobreza. En la actualidad, estos aldeanos se consideran como más pacíficos y progresistas que el promedio, y la impresión se confirma por los archivos legales del municipio que comprende a las aldeas vecinas. Sin embargo, en su conducta y costumbres los aldeanos son similares a otros campesinos mexicanos de la altiplanicie.<sup>2</sup>

En 1926 la mayor parte de la tierra laborable fue repartida a los aldeanos que formaron ejidos, y estas parcelas, inalienables e indivisibles, que en promedio tienen 2 hectáreas y que pertenecen al campesino mientras las trabaje, pueden ser heredadas por su familia. Idealmente, cada campesino debía tener una parcela, pero desde 1926 la inmigración y la alta tasa de nacimientos han hinchado la población de modo que sólo el 27 por ciento de los hombres (el 40 por ciento de los jefes masculinos de familia) son ejidatarios, y el resto se gana la vida principalmente como jornaleros. El principal cultivo de la aldea es todavía la caña de azúcar, al cual corresponde el 54 por ciento de la superficie de la tierra en uso, y tiene al arroz (22 por ciento) como segundo producto en orden descendente de importancia.

Casi todos los 420 aldeanos, en edad desde los 16 años en adelante, fueron sometidos a prueba mediante dos entrevistas. Una de ellas consistía en un cuestionario socioeconómico para determinar el tipo de trabajo, el tipo de propiedad, el nivel de educación, la asistencia a la iglesia y el nivel material general de vida de cada uno. El segundo cuestionario, que se utilizó para interpretar la estructura motivacional (el carácter) se basó en un cuestionario proyectivo

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, George M. Foster, *Traditional Cultures: The impact of Technological Change*; Nueva York, Harper, 1962, y Oscar Lewis, *Life in a Mexican Village*, Urbana, University of Illinois Press, 1951. Tepoztlán, la aldea descrita por Lewis, no está lejos de la que estudiamos, y aunque Tepoztlán es una aldea indígena y no mestiza, hay mucho de común entre las actitudes de los campesinos en ambas aldeas.



elaborado por Erich Fromm, quien primero lo utilizó en un estudio de los trabajadores alemanes en 1931. El cuestionario proyectivo, la administración del cual comprende de dos a cuatro horas, incluye preguntas *con finalidad clara* y preguntas proyectivas acerca de las actitudes hacia el trabajo, el ocio, las aspiraciones, el amor, las relaciones con los padres, el esposo o la esposa, y los hijos. Algunas de las preguntas le piden al sujeto que informe sobre sus sentimientos, sobre sus gustos y sobre las cosas que le disgustan, directamente. Otras establecen situaciones hipotéticas, y se le pregunta al sujeto cómo actuarían él y otra persona. La entrevista se califica de acuerdo con respuestas manifiestas pero también se interpreta en términos de la teoría psicoanalítica. Con fines de calificación interpretativa, las declaraciones del sujeto no se toman a su valor nominal, sino que se estudian para determinar su carga emocional, sus dudas o convicciones, sus contradicciones internas, sus creencias y expectativas subyacentes. Lo que se busca es la motivación básica, que con frecuencia es inconsciente, oculta tras las racionalizaciones y la ideología.

Las cinco escalas básicas empleadas en este análisis son el modo de relación, el modo de asimilación, el tipo de relaciones sociopolíticas, la escala de productividad (interés-actividad) que modifica a las primeras tres escalas, y la intensidad de fijación hacia el padre o la madre.<sup>3</sup> El modo de relación es el resultado del proceso de socialización y describe la forma en que una persona se relaciona con las demás para trabajar, para defenderse, para satisfacer sus instintos sexuales y para criar a los hijos. El modo de asimilación expresa la forma en que habitualmente una persona asimila y adquiere cosas para satisfacer sus necesidades. Puede producir cosas (y amor) por medio de sus propios esfuerzos, o puede depender fundamentalmente de los esfuerzos de otras personas. El modo de asimilación también refleja los sentimientos de una persona acerca de lo que puede esperar del mundo, qué tipos de experiencia siente como buenos y satisfactorios, y qué es lo que experimenta como insatisfactorio. El tipo de relación sociopolítica describe la respuesta de la persona respecto de las relaciones que suponen autoridad y toma de decisiones. Y la intensidad de las fijaciones hacia los padres indica el grado de dependencia del padre o de la madre, o de otras personas a las cuales se trata como padres o madres.

Juntamente con los cuestionarios, se hicieron puntuaciones de la conducta por Theodore y Lola Schwartz, antropólogos que vivieron en la aldea durante 14 meses, y por Felipe Sánchez, que fue médico de la aldea durante 5 años y que administró la mayor parte de los cuestionarios proyectivos, respaldado no sólo por su sensibilidad natural sino también por sus relaciones íntimas con los aldeanos y por la confianza que se ganó por obra de los tratamientos médicos que aplicó a sus enfermedades. Entre las puntuaciones de la conducta había un índice de dominio dentro de la familia, que indica si es el marido o la esposa quien controla los gastos y toma las decisiones principales en lo relativo a la familia. Todos los hombres fueron también calificados en términos de hábitos de ingerir bebidas alcohólicas historia de actos violentos, grado de

<sup>3</sup> Una descripción de los modos de relación y de asimilación así como la base teórica de estas escalas puede verse en Erich Fromm, *Ética y Psicoanálisis*, Fondo de Cultura Económica, México, 4<sup>a</sup> ed., 1963.

participación en las actividades propias de la comunidad así como en las cooperativas, y otros índices de conducta específicos que se prestan a ser correlacionados con las escalas caracterológica y socioeconómica.

La observación participante de la vida de la aldea por los Schwartz, el doctor Sánchez y otros miembros del estudio también produjeron material sobre tradiciones, folklore y hábitos de los aldeanos, material que tiene valor para comprender el contexto cultural de carácter, la clase y la conducta.

Utilizando los métodos de censo, cuestionario y observación participante, comenzaremos por considerar cómo las instituciones culturales estructuran la relación entre los sexos. Después analizaremos las diferencias caracterológicas en términos de sus efectos sobre la conducta y la interacción entre los sexos. Y finalmente, consideraremos tanto el carácter como la cultura en sus relaciones con los factores económicos.

#### *Estructuración cultural de las relaciones entre los sexos*

En la cultura de la aldea, la estructuración de las relaciones entre los sexos refleja un choque entre el ideal y la realidad. El ideal es una sociedad patriarcal en la cual el varón no sólo gobierna, sino que trata a su mujer como si fuera su propiedad. El ideal patriarcal, arraigado en la tradición española y, antes de ella, en la cultura azteca, persiste en la ideología de los aldeanos. Las mujeres no deben tener los mismos derechos que los hombres, porque el marido es como un nuevo padre que protege a su esposa. La Biblia habla de Dios y del "hombre", dicen, y no de Dios y de la mujer. Los hombres pueden flirtear, pero la esposa debe siempre permanecer en la casa; las cualidades femeninas más admiradas son las de abnegación, tolerar el sufrimiento sin quejarse, el deber, la responsabilidad y la sumisión.

La inferioridad femenina se inicia en el nacimiento. La partera cobra el doble por el nacimiento de un hijo varón, y sencillo cuando nace una niña. La ideología patriarcal también influye en la crianza de los niños. Los varones son favorecidos y reciben mayores indulgencias que las niñas, se les permite una libertad mayor para pasear por las calles de la aldea, así como para jugar. Las niñas deben comenzar a trabajar a la edad de seis años o antes, en la limpieza de la casa y la atención de sus hermanos menores. Aun cuando los varones y las niñas deben obedecer a sus padres sin preguntar, se espera que las niñas sean menos rebeldes y más inclinadas a la limpieza y al orden. A medida que crecen, se inclina a las niñas a que se consideren a sí mismas como objetos sexuales, como propiedad que puede echarse a perder si se utiliza fuera de la relación matrimonial. En cuanto a los hombres, el patrón es el contrario: la relación sexual libre es signo de hombría y constituye una proeza. Dentro del modelo cultural los hombres son libres, así en un sentido especial como sexual, en tanto que la mujer constituye una clase explotada con derechos limitados y sin ninguna esperanza en su vida que la de ser admirada o considerada como buena sirvienta y como propiedad valiosa.

La realidad es distinta. A diferencia de las sociedades campesinas de la Italia meridional y del Cercano Oriente, en donde las condiciones económicas son similares a las de la aldea en cuestión pero en donde los hombres han lo-



grado dominar a las mujeres, el ideal patriarcal mexicano está socavado por una fuerte tendencia matriarcal, y el resultado es una guerra entre los sexos. Desde el punto de vista cultural, el poder matriarcal se expresa en la ascendencia de la Virgen de Guadalupe en el panteón religioso, en la importancia del Día de las Madres como una festividad casi religiosa, en el temor a las mujeres expresado en chascarrillos y en folklore,<sup>4</sup> y en el reconocimiento de que los insultos más graves son los que se dirigen en contra de la madre. En contraste con los aztecas que ejecutaban a la mujer adúltera, los aldeanos pretenden ignorar las infidelidades de sus esposas.<sup>5</sup> A la pregunta, que se presenta en la entrevista, de lo que un hombre debe hacer si encuentra que su esposa lo ha engañado, la respuesta más común fue: "Si es una mujer mala, matarla o abandonarla, pero mejor abandonarla." En realidad, la conducta más común es el ignorarla o no darse por enterado de que existe el adulterio. Desde el punto de vista social, el poder matriarcal se revela en el hecho de que la quinta parte de los hogares carecen de jefes de familia y varones. Y desde el punto de vista de la conducta, se refleja en el alcoholismo de los varones derrotados.

La mujer aparece como menos consciente de la guerra pero está mejor preparada para derrotar a los hombres y utiliza tácticas más feroces. Superficialmente, la mujer acepta, aun en grado mayor que el hombre, la ideología y la propaganda del patriarcado. Cuando se preguntó a los aldeanos si las mujeres deberían tener los mismos derechos que los hombres, el 58 por ciento de los varones contestaron "no" en comparación con el 79 por ciento de las mujeres, diferencia que es altamente significativa ( $\chi^2$  cuadrada = 19.2). A las niñas se les enseña a pensar que su mundo está dominado por varones poderosos y rapaces. En los juegos de las niñas prepúberes, de la edad de 8 a 12 años, el tema dominante es la defensa en contra del ataque que lanzan figuras masculinas sexualmente destructoras que tratan de penetrar en el anillo de solidaridad femenina para tomar posesión de la doncella pura e indefensa, como *María Blanca* o *La Monjita*. Estos juegos pueden ser descendientes de los juegos

<sup>4</sup> El doctor Jorge Silva refirió el cuento de aquel cacique de aldea que quería investigar si los hombres o las mujeres manejaban las cosas en su aldea. Le pidió a uno de sus ayudantes que fuera de casa en casa y en cada una de las que encontrara como jefe de la familia a un hombre le obsequiara un caballo, pero en cambio, si la esposa era la que administraba el hogar debía obsequiarle una gallina. El pobre hombre se encontró con que solamente entregaba gallinas, pero finalmente llegó a una casa regida por un hombre alto y fuerte. Le preguntó: "¿Quién manda aquí?", y el hombre le respondió: "Yo". Apareció una mujer pequeña y confirmó lo dicho por el hombre, mansamente. El ayudante, lleno de contento, le entregó un caballo, pero cuando ya se iba, el hombre de la casa corrió tras él y le dijo: "Me diste un caballo rojo, pero mi esposa quiere un caballo blanco." "Muy bien —le dijo tristemente el ayudante—, aquí está tu gallina."

<sup>5</sup> En *La vida cotidiana de los aztecas*, México, Fondo de Cultura Económica, Jacques Soustelle escribe:

"Es difícil decir si el adulterio estaba muy extendido. El rigor extremo de la represión, la frecuencia de las referencias que se hacen en los textos a la ejecución de los culpables parecen indicar —un poco como lo hemos visto a propósito de la embriaguez— que la sociedad se daba cuenta de que entrañaba un peligro grave y que reaccionaba contra él con violencia. El adulterio suponía la muerte para los dos que lo cometían", (p. 186).

musicales que se desarrollan en rueda de chicos y que representan el tema del matrimonio por captura.<sup>6</sup>

Pero las niñas y las mujeres de mayor edad son menos indefensas de lo que piensan conscientemente. Desde la destrucción del patriarcado azteca y posiblemente desde antes, la conquista de las mujeres nunca ha sido completa.<sup>7</sup> El tema del patriarcado ha seguido siendo una persistente contraparte que desafía a la ideología oficial. En años recientes, a medida que las mujeres han ganado nuevos derechos y al ofrecerles la sociedad industrial la oportunidad de trabajar, la estructura patriarcal se ha vuelto todavía más frágil. Además, los hombres no siempre llenan los ideales representados en su propaganda. El macho fuerte, que alardea de sus hazañas sexuales y que desprecia a las mujeres, con mayor probabilidad expone su inestable compensación de su temor a las mujeres o de su dependencia respecto de ellas, como han demostrado Aramoni, Ramírez y otros autores.<sup>8</sup> Significativamente, un tema recurrente en las canciones o corridos del culto del machismo se quejan del abandono o de la traición que han cometido las mujeres.<sup>9</sup>

Un análisis de las diferencias entre el carácter del hombre y de la mujer demostrará que el desconocimiento femenino de la debilidad masculina está arraigado en su propia ambivalencia hacia el dominio masculino. Su resentimiento por ser explotada está mezclado con la urgencia de identificarse con un agresor poderoso. Aun en los juegos de niñas, la defensa en contra del macho rapaz está matizado con placer masoquista de ser poseída por la fuerza. La mujer espera que el hombre sea fuerte, pero en la realidad, la estructura patriarcal resulta ser un mito, desprovisto de apoyo para la autoridad masculina. Algunos hombres poseen el carácter necesario para dominar a sus esposas, pero muchos están indefensos ante las armas femeninas, y cuando se presenta el conflicto entre los sexos, los hombres se sienten derrotados y desamparados.

Las armas que hombres y mujeres utilizan en su lucha están determinadas en gran parte por sus vulnerabilidades biológicas y sexuales, como ha sugerido Fromm. "La posición del hombre es vulnerable hasta donde tiene que probar algo, esto es, en la medida en que potencialmente puede fracasar. Para él, las relaciones sexuales tienen siempre un colorido de prueba, de un examen." "La vulnerabilidad de la mujer, por otra parte, está en su dependencia del hombre; el elemento de inseguridad conectado con su función sexual está no sólo en el fracaso, sino en 'ser abandonada', en verse frustrada, en no alcanzar el control completo del proceso que conduce a la satisfacción sexual."<sup>10</sup>

La primera defensa del hombre en contra de su vulnerabilidad es el poder, ya sea la fuerza física o el prestigio. Pero este empeñoso anhelo de invulnerabilidad lo hace sensible al ridículo derivado de la mujer, y "el temor del

<sup>6</sup> Véase M. Maccoby, "El juego como expresión caracterológica y cultural", *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, 1:3, 1966.

<sup>7</sup> Véase Aniceto Aramoni, *Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo*, México, U.N.A.M., 1961.

<sup>8</sup> Por ejemplo, Santiago Ramírez, *El mexicano*, México, Pax-México, 1960.

<sup>9</sup> Véase la nota al pie número 7, especialmente las pp. 193 ss.

<sup>10</sup> Erich Fromm, *The Dogma of Christ and other essays in Religion, Psychology and Culture*, Nueva York, Holt, Rinehart, Winston, 1963, p. 114.



hombre de perder su vida puede ser menos grande que el temor al ridículo".<sup>11</sup> Para protegerse del ridículo, de ser muerto, el hombre puede tratar de dominar a las mujeres, porque "si ella le tiene miedo, si teme ser muerta, golpeada o verse víctima de necesidad económica extrema, no podrá ridiculizarlo... Inidentalmente, la promesa de poder sobre las mujeres es el consuelo que el mito bíblico, inclinado hacia el patriarcado, ofrece al hombre, aun cuando Dios lo maldiga".<sup>12</sup>

Si el hombre no logra dominar a la mujer, ya sea debido a su posición social débil o a causa de que su temor al ridículo lo vuelva impotente, puede amenazarla con abandonarla, con "dejarla sola". Podrá verse que los hombres incapaces de obtener poder económico en realidad no logran dominar a sus esposas, y en los más bajos estratos de esta sociedad campesina el abandono es frecuente. O bien el hombre abandona a la mujer porque se ve derrotado por ella, o bien la mujer abandona al hombre que no le proporciona seguridad material sino que trata de dominarla solamente por la fuerza bruta.

En la aldea, tanto los hombres como las mujeres manejan las armas básicas de su sexo. Los hombres recurren a la fuerza y al abandono y las mujeres ejercen con gran destreza el destructivo arte del ridículo.<sup>13</sup> Estas armas se emplean con tanta frecuencia debido a que el patriarcado ha perdido su firme arraigo sobre las mujeres que ahora tienen mayor poder y más amplios derechos de lo que afirma la ideología.

Una revisión de los datos sociales confirma esta impresión. El veinte por ciento de los ejidatarios o propietarios de tierra en la aldea son mujeres, lo cual refleja el hecho de que la herencia puede transmitirse a través de la línea femenina. No hay diferencia entre los sexos en cuanto a grado de escolaridad,

CUADRO I. Instrucción escolar y alfabetismo

	Por ciento de hombres (N = 209)	Por ciento de mujeres (N = 208)
Ninguna instrucción escolar	26	28
Tienen alguna instrucción primaria	51	50
Terminaron la primaria	8	9
Educación superior	7	6
No hay información	8	8
Lee y escribe bien	22	19
Lee y escribe un poco	40	41
Analfabetos	24	34
No hay información	14	6

<sup>11</sup> Véase la nota número 10, p. 118.

<sup>12</sup> Véase la nota número 10, p. 118.

<sup>13</sup> Uno de los juegos que más utilizan las chicas es *Matarili*, en donde el objeto es ridiculizar y avergonzar a una persona hasta que ya no pueda representarla y deba unirse al jefe. El juego continúa hasta que todas las chicas han sido ridiculizadas y se han unido a quienes ridiculizan. Véase la nota número 6.

aun cuando es mayor el número de mujeres analfabetas que el de los hombres que están en la misma situación (Cuadro 1). En la actualidad, el Comisario Ejidal, el funcionario más importante elegido por los ejidatarios para supervisar los problemas relativos a la propiedad de la tierra, es una mujer. Ahora las mujeres tienen derecho a votar, y se han mostrado activas en lo relativo a tomar decisiones que afectan a la aldea. Es significativo que las mujeres más activas en los asuntos de la aldea pertenecen al matriarcado; son mujeres sin marido. (La mujer que desempeña el puesto de Comisario ni siquiera tiene un animal macho en su casa.) Es más probable que permanezcan en su casa las mujeres dominadas por sus maridos, en tanto que los esposos asumen el papel activo en las cuestiones de la comunidad.

En resumen, el patriarcado ha tenido a las mujeres sometidas a los hombres durante siglos en México. En algunos casos, las mujeres aceptaron su puesto como clase dominada, pero ha existido una persistente guerra de guerrillas, y las mujeres han tenido mayor poder que el que aparece a primera vista. A medida que se les otorgaron mayores derechos, la rebelión se volvió más abierta, y la brecha entre las afirmaciones y la realidad en el caso de los varones se hizo más amplia.<sup>14</sup>

#### *Diferencias caracterológicas entre los sexos (véanse cuadros 2, 3 y 4)*

En lo que toca a relación, modo de asimilación y tipo de relación sociopolítica, hay rasgos que significativamente discriminan entre hombres y mujeres en la aldea. Los rasgos que diferencian a los hombres de las mujeres y a éstas de los hombres serán los que describiremos en primer término. Después de eso, analizaremos las diferencias caracterológicas entre los sexos en términos de su significado para la interacción del tipo modal del hombre con el tipo modal de la mujer. Finalmente, será útil examinar las características de los dos sexos a medida que aparecen sus formas productivas (activa y creadora), en contraste con las improductivas (pasiva y desinteresada).

En general, los hombres de la aldea son más indiferentes (40 por ciento contra el 27 por ciento), más indulgentes (32 por ciento contra el 19 por ciento), más receptivos (79 por ciento contra el 62 por ciento), más tradicionalmente autoritarios (64 por ciento contra el 49 por ciento) y más democráticos (45 por ciento contra el 30 por ciento), que las mujeres.<sup>15</sup> Cada una de estas características puede ser considerada tanto en forma separada como en términos de su mutua interacción con las demás. La indiferencia tal como fue calificada de acuerdo con la entrevista supone un grado de narcisismo inferior a la grandiosidad o a egocentrismo extremo, pero que, sin embargo, constituye una

<sup>14</sup> Al discutir la batalla entre los sexos, Erich Fromm observó la analogía entre la reacción de las mujeres de la aldea ante los hombres y la reacción de un pueblo conquistado ante sus conquistadores. Mientras los invasores parecen tener el poder absoluto, hay rebelión notablemente pequeña por parte de los conquistados, pero tan pronto como los invasores parecen estar perdiendo, el resentimiento reprimido de la gente comienza a brotar.

<sup>15</sup> Las pruebas de confiabilidad entre las puntuaciones de la entrevista y la correspondencia entre rasgos de carácter según se calificaron independientemente en la entrevista y la prueba Rorschach se discutirán en ulteriores publicaciones.



muralla entre el individuo y el mundo, como una concha que lo separa de toda experiencia profunda, que lo hace preocuparse solamente con sus propias necesidades. En un adolescente, dicho narcisismo puede ser normal, pero en un adulto bloquea una relación profunda con los demás y con el mundo.<sup>16</sup>

La indulgencia (el modo de relación de amor indulgente) es una forma de relacionarse dando amor con la finalidad de recibir una dependencia, y con frecuencia de mantenerla. La persona no considera las necesidades de la otra cuando da. Le faltan responsabilidad e interés, y este dar indiscriminado puede ser perjudicial como en el caso de un padre que concede todo los caprichos de su hijo sin poner atención al efecto que ello tendrá sobre el niño.

El modo de asimilación receptivo implica el sentimiento subyacente de que todas las cosas buenas existen fuera del individuo, de que él no puede producirlas ni conservarlas, sino que constantemente se las arregla para recibirlas de las fuentes de abastecimiento, ya sean madres, patronos o “auxiliares mágicos”.

En sus relaciones sociopolíticas, los hombres son más tradicionales y democráticos que las mujeres. Su tradicionalismo puede ser interpretado como un intento de adherirse a la ideología y a las prácticas del patriarcado que afirman que el padre debe gobernar la casa, que los niños deben obedecer y respetar a sus padres, y que la autoridad reside en las instituciones tradicionales de la sociedad. Pero el tradicionalismo masculino resulta atemperado por un sentimiento democrático de que, entre iguales, debe llegarse a las decisiones por medio del consentimiento, de que debe permitirse a los niños, una vez crecidos, que gobiernen sus propios destinos. Un patriarca de la aldea expresó esta idea en contestación a la pregunta de la entrevista: “¿Cómo debe expresar un padre su amor hacia sus hijos?” “Si el arquitecto del Universo te manda un hijo, tiembla, porque no puedes saber si su alma será buena o mala. Todo lo que puedes hacer es portarte como un padre amoroso hasta que él tenga doce años. De los 12 a los 20, sé su maestro, y de los 20 en adelante, sé su amigo.”

La combinación de actitudes tradicionales y democráticas está en contraste con el autoritarismo, que implica el culto del poder y el desprecio de la debilidad.<sup>17</sup> El autoritario se siente seguro cuando otros lo temen; el tradicionalista espera que la autoridad será respetada porque está institucionalizada y porque sin autoridad tradicional, la estructura de la sociedad se desintegraría. Cuando en el curso de la entrevista se preguntó a los autoritarios: “¿Deben los niños temer a sus padres?”, contestaron: “Sí, porque de no ser así los niños harían todo lo que les viniera en gana; no obedecerían.” El tradicionalista, por otra

<sup>16</sup> El narcisismo de los hombres que aquí se describe es muy semejante a los rasgos de aislamiento y soledad descritos por Octavio Paz como característicos del mexicano. Para el mexicano, según Paz, el ser abierto equivale a ser violado, a ser débil y semejante a la mujer conquistada. Véase *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959. En la p. 50, escribe Paz: “El mexicano... no trasciende su soledad. Al contrario, se encierra en ella. Habitamos nuestra soledad como Filoctetes su isla, no esperando, sino temiendo volver al mundo. No soportamos la presencia de nuestros compañeros.”

<sup>17</sup> Véase Fromm, *Miedo a la libertad*, nota 3.

parte, opinaba que los niños deben obedecer por respeto y por deber, pero que si temieran a sus padres, se perjudicarían como seres humanos y podrían convertirse en rebeldes. A diferencia de los autoritarios, no pensaban que el castigo corporal sea bueno para un niño a fin de quitarle lo malo.

Los rasgos que caracterizan a las mujeres más que a los hombres son: masoquismo (40 por ciento contra el 18 por ciento), acumulamiento (65 por ciento contra el 45 por ciento), rebeldía (45 por ciento contra el 32 por ciento) y rebeldía pasiva (20 por ciento contra el 8 por ciento).

El masoquismo supone un modo simbiótico de relación en el cual el individuo trata de librarse de su yo individual, de su responsabilidad existencial, adhiriéndose a otra persona, siendo absorbida por ella. El masoquista se entrega a una figura poderosa, o a la imagen del poder, a fin de no estar solo, e interpreta el abuso de poder del sadista como una prueba de amor. Las tendencias masoquistas a veces se reflejan en impulsos sexuales tales como el deseo de ser dominado o dañado, pero con frecuencia se sienten como extrañas y humilladoras. La dependencia del masoquista a menudo se racionaliza como auto-sacrificio, abnegación, deber o amor, que resultan adecuados al concepto tradicional del papel de madre ideal.

Si bien el modo receptivo de asimilación implica la constante expectativa de ser reabastecido de fuentes exteriores, la persona que muestra tendencia hacia el atesoramiento tiene escasa fe en lo que sea nuevo o en lo que podría recibir. La persona acumulativa puede pensar que lo que ha recibido o acumulado se ha convertido en parte de ella, de que no pertenece a nadie más. La seguridad se basa en rodearse a sí misma (y posiblemente a la familia) con una muralla protectora dejando escapar fuera de esa barrera lo menos posible, incluyendo dinero y cosas materiales, sentimientos y recuerdos, así como personas. Para el que atesora, todo lo bueno, incluyendo el amor, es limitado y una vez que se usa se va para siempre. Da lo menos que puede y trata de poseer las “cosas amadas”. Una mujer con orientación acumulativa respondió a la pregunta de: “Describe su concepto del amor”, diciendo que ella no podía amar a aquellos de sus hijos que no permanecían con ella y que no se preocupaban por el bienestar de ella.

El acumulativo es ordenado, intenta controlar la invasión del mundo exterior conservando las cosas en su lugar, pero este espíritu de orden puede ser estéril. La obstinación es otra reacción ante la amenaza de invasión. Un “no” constante constituye una defensa casi automática contra la invasión.

La orientación al atesoramiento y el masoquismo pueden ayudar a explicar la rebeldía femenina. El rebelde comparte la orientación básica del autoritario, que la fuerza es el derecho. Su lucha contra la autoridad no pretende la libertad sino el desafío. Un lado del rebelde se alarga hasta el sometimiento, pero el desafío de las mujeres de la aldea muestra su desprecio por aquellos hombres que afirman ser fuertes pero que son débiles. La variante pasiva de la rebeldía se adapta a la orientación acumulativa, expresa desafío en su negativa a responder, en la terquedad y en la retirada.

Los rasgos que no distinguen entre los sexos se presentan en el Cuadro 4. Incluyen el sadismo, la destructividad, el narcisismo extremo, la explosividad, la sumisión por una parte, y una productividad que va desde mediana hasta



alta, y la orientación hacia lo amado por la otra. Tampoco hay diferencia en el porcentaje de hombres y de mujeres con intensas fijaciones maternas.

El contraste entre los rasgos del carácter de hombres y mujeres aclara la guerra entre los sexos y sugiere que los esfuerzos dinámicos de hombres y mujeres están destinados a chocar con el ideal del patriarcado. Las mujeres, en su modo de relacionarse y de asimilación han sido formadas para ser una clase explotada dentro de un patriarcado fuerte. Sus juegos de niñas reflejan su resentimiento combinado con anhelos masoquistas de ser devoradas y de unirse con hombres poderosos. Están listas para recibir órdenes (el 77 por ciento son potencialmente sumisas), para construir un muro protector alrededor del hogar y de ellas mismas, para encontrar su satisfacción en ser limpias y ordenadas. Pero cuando en lugar de encontrar la fuerza se encuentran con la receptividad y la sumisión (81 por ciento de los hombres tienen rasgos de sumisión) detrás de la fachada de poder tradicional, se rebelan. En ocasiones descubren que sus maridos son hombres pasivos e indiferentes que esperan ser mimados y recibir de sus esposas lo que son incapaces de producir por sí mismos. La indulgencia masculina improductiva, en lugar del amor estimulante, convierte a estas mujeres en seres ansiosos, porque temen los gastos. La respuesta femenina a tal debilidad es el desafío, la contumacia pasiva o el ridículo. El hombre puede reaccionar con una exhibición de fuerza, con estallidos de violencia, pero esto sólo demuestra su debilidad y aumenta la contumacia de la mujer. Si ella no puede sentirse segura al someterse a un verdadero poder, la mujer acumulativa fortificará sus barreras, haciendo al hombre receptivo sentirse más ansioso e impotente, separado tanto de su mujer como de sus hijos. Al buscar la satisfacción simbólica de su receptividad en la bebida o con prostitutas, se hace todavía menos capaz de evitar la derrota en esta competencia desigual entre estructuras de carácter suaves y duras.

No todas las relaciones entre los sexos en la aldea siguen el curso de este círculo vicioso. Lo que se ha descrito es el resultado más desfavorable de las relaciones entre hombres y mujeres, basadas en diferencias significativas en cuanto al carácter. La estructura del carácter de los hombres más productivos es muy diferente de la que acabamos de describir. En el caso de los jefes de familia masculinos, la productividad —es decir, el interés y la actividad— está relacionada en una forma significativa con un modo de relación amorosa, no indulgente y con un modo de asimilación acumulativo más bien que receptivo (cuadro 5). Los hombres más productivos se conforman al modelo dominante masculino al ser tradicionales y democráticos, pero su tradicionalismo está respaldado por la actividad y la firmeza. El modo de relación de los hombres productivos es más probable que sea amor o bien amor condicional. La orientación amorosa implica respeto, interés profundo y conocimiento real de otros, así como afecto. La orientación condicional amorosa está marcada por el afecto, la responsabilidad y el cuidado material menos profundos que la orientación amorosa y condicional en respuesta a la obediencia y a la estimación.

La productividad para los hombres (así como para las mujeres) está negativamente correlacionada con las fijaciones a la madre. Como éstas se califican en la entrevista, suponen idealización de la madre e incapacidad para actuar independientemente de ella. Debido a que permanece adherido a la madre, el

hombre que está fijado a la madre en realidad nunca se desarrolla del todo. Su actitud hacia una mujer, especialmente la esposa, sigue siendo ambivalente, en una combinación de apoyarse en ella, de buscar en ella una resolución a las incertidumbres de la vida, y un temor de que ella lo rechace. En el nivel más regresivo o primitivo este temor se convierte en un terror inconsciente de que la madre que le dio la vida pueda quitársela.

Mientras menos productivo es un hombre en la aldea, con mayor probabilidad será receptivo y pasivo, dependiente y temeroso de las mujeres. Mientras más productivo es, es mayor la probabilidad de que sea independiente, activo, acumulativo y amoroso. Además, los hombres más productivos son democráticos y tradicionales en sus actitudes socio-políticas en tanto que los hombres improductivos son más sometidos. Es lógico que los hombres más productivos sean los más amorosos, los más democráticos y tradicionalistas; estos rasgos suponen armonía con las tensiones más activas de la tradición patriarcal. Pero queda por explicar por qué motivo son más acumulativos, y esta explicación se dejará para el análisis de la interacción entre el carácter y los factores socio-económicos.

Las mujeres productivas no son diferentes de las improductivas en su modo de asimilación acumulativo y en su modo de relación masoquista. Sin embargo, son menos destructoras, menos rebeldes, más democráticas y más amorosas (cuadro 5) que las mujeres improductivas. En otras palabras, existe una diferencia más grande entre los hombres productivos y los improductivos que entre los dos tipos de mujeres. Aun las mujeres productivas de la aldea muestran las características de la actitud patriarcal hacia las mujeres, hacia la experiencia de pertenecer a una clase explotada. Pero debido a que están más interesadas en lo que pueden producir y son más capaces de amar, les faltan el resentimiento y la venganza de las mujeres improductivas.

Volviendo a los hombres productivos, ¿cómo difieren de los improductivos en sus relaciones con las mujeres? ¿Cuál es el resultado de su fuerza y de sus intereses? Primero que todo, logran, en grado mayor que los improductivos, realizar el papel patriarcal, encabezar a sus familias, así *de facto* como *de jure*.

Independientemente del cuestionario proyectivo, se elaboró una puntuación con la relación entre maridos y esposas en términos de quién era dominante, cuál de ellos tomaba las decisiones relativas al gasto de dinero, acerca de la educación de los hijos y sobre la posición que asumía la familia en los conflictos dentro de la aldea. Estas calificaciones comprenden el 75 por ciento de las familias compuestas de marido y esposa (86 de 115 familias). Como se basan en un procedimiento de muestreo no sistemático, es posible que no ofrezcan un cuadro confiable del por ciento total de familias dominadas por los esposos o por las esposas, aunque la muestra no indica inclinación alguna en cuanto a los términos de clase social o de rasgos característicos.

Según la muestra, aproximadamente las dos terceras partes de los esposos (66 por ciento) dominan a sus esposas, o dicho en términos más precisos, desempeñan el papel dominante en el hogar. Posiblemente esto incluya a hombres cuyas esposas les permiten *aparecer* como dominantes, pero privadamente influyen en sus maridos o los sabotean, en una forma que se discutirá en la siguiente sección. En todo caso, la medida muestra una tendencia a favor de



los hombres, aunque los resultados indiquen que el principio patriarcal todavía conserva fuerza.

Al comparar el dominio con las medidas de carácter y las calificaciones de la conducta, puede verse que los hombres más productivos son los más dominantes (cuadro 6). Los hombres productivos incluyen a aquellos que tienen, desde un interés moderado hasta uno activo, e incluyen al 50 por ciento de los hombres. El setenta y cinco por ciento de los hombres productivos, en comparación con el 57 por ciento de los no productivos dominan en sus hogares. La correlación entre el dominio y la escala total de productividad es .28.

El por ciento de hombres con un modo de asimilación predominante acumulativo que gobiernan sus hogares es todavía mayor (88 por ciento), en tanto que de quienes muestran un modo predominantemente receptivo sólo 54 por ciento están a cargo de sus casas.

¿Qué es lo que permite a los hombres productivos dominar? La evidencia es que son más firmes, menos dependientes, menos temerosos de las mujeres y, como veremos, económicamente más poderosos. De aquellos hombres que permanecen fijados a sus madres, el 55 por ciento son dominantes contra el 80 por ciento que no muestran una extrema fijación hacia la madre. (En el caso de los hombres, la fijación a las madres también se correlaciona en forma significativa con una productividad baja,  $r = -.24$ .)

Los hombres que son productivos y acumulativos, con menos dependencia y menos temor de las mujeres, están así en condiciones de imponer el papel patriarcal. Tales hombres no se adaptan al patrón del machismo. Beben menos que el promedio, y tienen menos probabilidades de ser agresivos. Sobre la base de la entrevista, tanto el machismo como la agresividad fueron medidos y correlacionados con la productividad. Ambos rasgos muestran una correlación negativa significativa con la productividad (machismo,  $r = -.41$ ; agresividad  $-.41$ ). Es menor el número de hombres que obtienen una puntuación alta en el concepto de machismo y dominan a sus esposas (59 por ciento) que aquellos que no expresan la ideología del machismo (77 por ciento).

Las puntuaciones de la conducta apoyan esta conclusión. Existe una relación consistente entre el grado en que se practica el alcoholismo y la dominación femenina sobre los hombres que beben. De los alcohólicos, el 75 por ciento son dominados por sus esposas en comparación con 31 por ciento de los bebedores excesivos, el 28 por ciento de los bebedores moderados y sólo el 6 por ciento de los abstemios (la correlación entre alcoholismo y dominio masculino es  $-.41$ ).

En tanto que los hombres acumulativos y productivos obtienen el gobierno patriarcal por la fuerza, existe una minoría que atempera la firmeza con la estimulación y el respeto por la libertad de sus esposas e hijos. Hay algunos hombres que sostienen un papel patriarcal tradicional, pero que son fieles a sus esposas, que las estimulan para que participen en las actividades culturales o en cursos de cocina o de corte de ropa, y que estimulan asimismo a sus hijas e hijos para que continúen sus estudios en la escuela. Si bien los hombres acumulativos y productivos han ganado una gran batalla y los pasivos-receptivos la han perdido en su lucha entre los sexos, hay en la aldea hombres amorosos que buscan la unión pacífica entre ellos y sus esposas. Tal vez el

encuentro entre los sexos permita sólo dos resultados posibles, la guerra con victorias y derrotas temporales, o la armonía.

### *Factores socio-económicos en las relaciones entre los sexos*

Aunque el resultado de la confrontación entre los sexos resulta influido por la integración de factores culturales y caracterológicos, las fuerzas económicas también desempeñan un papel decisivo. Al considerar que los hombres productivos acumulativos dominan a sus esposas, la importancia del poder económico de los hombres que tienen estos rasgos ha sido echada a un lado. El arma masculina más efectiva contra las mujeres es el prestigio y el poder económico. El hombre dominante no gobierna solamente por la fuerza de carácter. Su carácter lo equipa para obtener el poder económico que da peso a su voluntad.

Para comprender la importancia de los factores económicos en la relación entre los sexos, es necesario analizar brevemente la interacción de clase y carácter. Sobre la base del censo socio-económico, los jefes de familia fueron clasificados según la propiedad de la tierra, los bienes de capital, los bienes de consumo y el tipo de vivienda. La escala resultante va desde cero, indicando un campesino sin tierra, que carece hasta de un aparato de radio o de una cama elevada, que vive en un jacal, hasta 343, que caracteriza al aldeano más rico, un ejidatario con tierra, tractor y televisión, que vive en una casa de concreto con habitaciones separadas para dormir, un patio y un cuarto de baño. La media de la escala es 12, con el 26 por ciento de los casos en cero.

En general, los ejidatarios son más ricos que los que no tienen tierra. La correlación entre la propiedad de la tierra y la escala económica es .53. Sin embargo, los ejidatarios que tienen una estructura de carácter improductiva o receptiva (especialmente los alcohólicos), son más pobres que el promedio, y algunos hombres productivos que no son ejidatarios se las han arreglado para sobrepasar al promedio. Para el ejidatario, una estructura de carácter productivo y acumulativo prácticamente le asegura el éxito económico. Para el que no es ejidatario, tal estructura de carácter puede ser necesaria para mantener un nivel de vida por encima del de mera subsistencia. En ambos casos, la productividad está correlacionada significativamente con el ingreso, .42 para el ejidatario y .46 para el que no tiene tierra.

El modo de asimilación acumulativo es la respuesta más racional a las realidades de la agricultura campesina.<sup>18</sup> Como el éxito económico del campesino está sujeto a los azares del mercado y a los fenómenos meteorológicos, a los cambios de precios y a sequías imprevistas, el acumulativo productivo está mejor preparado para hacer frente a las vicisitudes de su modo de producción. Al reducir al mínimo la dependencia de fuentes externas, al esperar tranquilamente y al adherirse a los modos de la agricultura tradicional, al construir una barrera psicológica alrededor de su persona y de sus ganancias, al evitar la

<sup>18</sup> George Foster ha descrito la opinión que sobre el mundo tiene el campesino productivo, en una forma que se corresponde exactamente con las actitudes del carácter acumulativo-productivo con su acento en la acumulación, en la oferta limitada y en el temor a la envidia. Véase "El carácter del campesino", *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, 1:1, 1965.



bebida y los excesos, y al desconfiar de la adquisición rápida de riquezas, el campesino, particularmente el propietario de tierra con energía e interés, puede prosperar, y el que no tiene tierras puede escapar a la muerte por hambre. En el caso del ejidatario, la correlación entre el ingreso y la orientación acumulativa es .31, y para el no ejidatario la correlación es todavía mayor, .48. Y para ambos grupos la orientación receptiva dominante predice el fracaso económico (ejidatario:  $r = -.52$ ; no ejidatario:  $r = -.39$ ). Así, los mismos rasgos de carácter asociados con el dominio masculino están significativamente relacionados con la riqueza, y los que están asociados con la derrota en la guerra entre los sexos anticipan pobreza.

Con fines de análisis, la escala económica puede utilizarse para describir la clase social, separando la escala entre el tercio inferior, el tercio intermedio y el tercio superior.

Mientras más alta es la posición que un hombre ocupa en términos de situación económica, mayor probabilidad tiene de dominar a su esposa. De los hombres pertenecientes a la clase superior, el 77 por ciento gobierna sus hogares. En la clase media, el porcentaje es de 67 y en la clase más baja es de 58. La correlación entre el dominio y la escala económica completa es de .28. Debido tanto al carácter como a la posición económica, los hombres más ricos son los que están mejor capacitados para mantener el papel patriarcal. Donde el hombre apenas maneja un nivel de subsistencia, la mujer domina. En las familias más pobres, los hombres que se sienten dominados e inútiles con frecuencia abandonan el hogar, dejándolo convertido en matriarcado. En realidad, el 46 por ciento de los matriarcados contra sólo el 23 por ciento de las familias patriarcales caen dentro de la clase más baja. En ocasiones la esposa puede abandonar a un hombre que deja de atender a su sustento y regresa a la casa de su madre. En otras ocasiones, la mujer simplemente le dirá al marido que se vaya, dándole como razón que es exigente pero improductivo o que es un mal ejemplo para los hijos de ella, que pueden ser producto de uniones anteriores. Este patrón no se limita a la aldea mexicana. Como ha mostrado Daniel Moynihan, también se presenta en las familias de negros norteamericanos pobres, en donde existe un porcentaje considerable de hogares matriarcales, y por el abandono de hombres cuya autoestimación y hombría resultan aplastadas por el fracaso económico.<sup>19</sup>

En el caso tanto de los aldeanos mexicanos como de los negros norteamericanos, el surgimiento del matriarcado y el conflicto entre los sexos puede rastrearse hasta una historia de explotación y de destrucción del patriarcado por conquista.

En ambos casos, hay una historia de esclavitud que se remonta hasta la plantación y hasta la hacienda.<sup>20</sup> Las familias de negros norteamericanos fueron

<sup>19</sup> *The Negro Family. The Case for National Action*, Washington, D. C.: Office of Policy Planning and Research, United States Department of Labor, marzo de 1965.

<sup>20</sup> Eric R. Wolf escribe, al referirse a la hacienda: "...algunos autores han llamado 'feudal' a esta institución, porque suponía el gobierno por obra de un propietario dominante sobre sus trabajadores dependientes. Pero le faltaban las garantías legales de seguridad que compensaban al siervo feudal de su falta de libertad y de determinación propia." *Sons of the Shaking Earth*, Chicago, Phoenix Books, 1959, p. 204.

disueltas, los maridos fueron vendidos aparte de sus esposas, de modo que la madre se convirtió en el único foco estable de la familia. La mujer negra también era sexualmente poseída por el propietario blanco, con lo cual se produjo un mestizaje. Santiago Ramírez, en su libro *El mexicano*,<sup>21</sup> cita una historia cultural similar aunque no tan áspera, para explicar el machismo del mestizo mexicano y su ambivalencia hacia las mujeres. Señala que los primeros mestizos tenían padres españoles y madres indias. Al no sentirse totalmente aceptados por los españoles, adoptaron por la fuerza una forma exagerada de caballería española como compensación por sentirse inferiores, pero les faltaba una identificación masculina estable. Su actitud hacia la madre india era una combinación de menosprecio por su casta inferior mezclado con la dependencia, que sólo se resolvió en una actitud dual hacia las mujeres: reverencia por la madre y una procaz falta de respeto hacia todas las demás mujeres.

Tal análisis cultural e histórico, si bien puede ser sustancialmente concreto al trazar el origen de las actividades y de los conflictos, no explica por qué hoy, 400 años después de la conquista española, la guerra entre los sexos persiste en la aldea, por qué algunos maridos se sienten derrotados en tanto que otros son capaces de ser hombres sin violencia ni machismo. En verdad, el análisis histórico-cultural puede, al echar toda la culpa sobre el incambiable pasado, apartar la atención de las fuerzas significativas en el presente.

En la aldea actual, y también entre los negros norteamericanos, la actitud de los chicos y de las chicas hacia los hombres y la masculinidad no está formada por la experiencia con conquistadores o con dueños de plantaciones, sino con padres fuertes y triunfantes, o débiles y económicamente derrotados, o con la sombra de padres ausentes. Cuando el padre no ha logrado triunfar ni puede impresionar, la madre sigue siendo la figura abrumadoramente dominante en la familia. Su opinión de la vida y de los hombres se ha implantado firmemente en el espíritu del niño, sin oposición. Por naturaleza, el chico pequeño necesita a la madre mucho más que al padre. La vida del niño depende, primero, del cuerpo, y después de la responsabilidad y del cuidado de su madre. Durante los primeros años de la vida, el padre es hasta cierto punto extranjero, que en el mejor de los casos merece una importancia abstracta para la familia que no logra comprender el niño. Si el padre se hace sentir posteriormente, en especial en una cultura en donde los sexos están en pugna, debe ser impresionante, ya sea en carácter o en poder económico. Cuando no es impresionante ni poderoso, donde no eleva el nivel de vida, sino que incluso debe abatirlo debido a sus malos hábitos, resulta todavía menos que impresionante. Constituye una carga y una amenaza para la madre y para los hijos. Una mujer de la clase más baja, que vive sin marido, pregunta: "¿Por qué debo tener marido? No sería más que otro niño al cual cuidar, y ya tengo bastante quehacer con sostener a mi familia." Otra, que había tenido varios consortes, al responder a una pregunta acerca del papel del padre en la familia, dijo: "Vea, yo soy todo, padre y madre, porque el padre es un borracho. Nunca se ocupa de ellos. En todo yo soy padre y madre, el padre es un borracho." Posteriormente admitió que los niños no lo obedecen, y que él a su vez los golpea.

<sup>21</sup> Véase la nota 8.





“No me gusta la forma en que los educa”, dijo ella. “Es un pegalón y por eso ellos no lo obedecen ni lo quieren. Él y yo hemos hablado y le he dicho que debe dejarnos. Hemos llegado a una decisión. He decidido que se vaya.” Esta mujer, como muchas otras que viven sin hombre, se sostiene lavando ropa, en ocasiones vendiendo, y a veces trabajando como hombre en el campo.

La presencia o ausencia de un padre impresionante, y más explícitamente de un padre económicamente triunfante, ejerce una influencia decisiva sobre la formación del carácter de los niños en la aldea. Se ha demostrado que la fijación a la madre es una contraindicación de productividad. Estos hombres que permanecen dependientes de la madre probablemente serán pasivos y receptivos, incapaces de independizarse y de confiar en sí mismos. Porque en el caso de las 66 hijas y 72 hijos de más de 16 años, a los cuales se les dieron cuestionarios proyectivos, se encontró que mientras más alta es la calificación económica del padre, menor es la fijación hacia la madre. En el caso de los hijos, la correlación entre el ingreso del padre y la fijación a la madre es  $-.32$ . En el caso de las hijas, es de  $-.44$ . Ambas correlaciones son significativas al nivel de 1 por ciento. Además, tanto en el caso de las hijas como de los hijos la productividad está significativamente correlacionada con la riqueza del padre (en el caso de los hijos,  $r = .25$ ; en el de las hijas,  $r = .33$ ).

Resulta que el padre económicamente triunfante impresiona a sus hijas todavía más que a sus hijos, por razones que se discutirán. Existe una correlación significativa entre la riqueza del padre y la fijación al padre ( $r = .24$ ) así como en la falta de rebeldía hacia el padre ( $r = -.36$ ) en el caso de las hijas, pero no en el de los hijos.

El efecto diferencial del ingreso del padre sobre hijos e hijas ayuda a esclarecer las diferencias básicas entre los sexos, pero también suscita cuestiones no solucionadas. En los hogares más ricos las hijas se liberan de buena parte de la opresión que sufren las chicas más pobres. Las chicas ricas pueden asistir a la escuela y desarrollarse como seres humanos y no como objetos. Como resultado de ello, la clase de las hijas se correlaciona significativamente con un modo de relación amoroso ( $r = .30$ ) y negativamente con un modo de asimilación acumulativo ( $r = -.42$ ). Liberadas del hecho de formar parte de un grupo explotado, las chicas de la aldea florecen.

En el caso de los chicos, el hecho de tener un padre más rico no resulta tan saludable. Aunque los hijos de los padres más ricos son más democráticos ( $r = .31$ ) y productivos que el promedio, también son más indulgentes ( $r = .30$ ) y narcisistas ( $r = .24$ ). También son ligeramente menos acumulativos que el promedio ( $r = -.18$ , no significativa).

Si los padres más ricos son más dominantes e impresionantes que los de clases sociales inferiores, ¿por qué no educan a sus hijos con el carácter acumulativo, lo cual más probablemente les procurará el éxito en la sociedad campesina? Hay tres posibles explicaciones.

Ante todo, aun cuando el campesino acumulativo, productivo y relativamente triunfante controla a su familia, la guerra entre los sexos no termina. Aunque una mujer puede ser dominada por un marido fuerte, es capaz de reafirmarse socavando sutilmente la influencia del padre al ser excesivamente indulgente con sus hijos y al suavizar la autoridad del hombre, en resumen, separando a un

hijo de su padre y del mundo masculino.<sup>22</sup> Al adular y femineizar a sus hijos, la madre alimenta el narcisismo de ellos y estimula un modo de relación receptivo-indulgente, sin aparecer como destructora y sin desafiar conscientemente la autoridad del hombre. Por el contrario, una madre así puede hacer un gran drama de sumisión a la “brutalidad” masculina.

Una segunda explicación se basa en la realidad económica de la aldea. La tierra es limitada y, según la ley ejidal, no puede dividirse entre los hijos. Debe ser heredada intacta. Los padres se dan cuenta de que si sus hijos han de obtener éxito, algunos deberán encontrar ocupación fuera de las actividades de la tierra. Los campesinos más ricos estimulan a sus hijos para que aspiren a carreras superiores, a que lleguen a ser maestros de escuela y en algunos casos, arquitectos, ingenieros y doctores. Los hijos con talento con frecuencia son consentidos, liberados de otros deberes a fin de que puedan estudiar, y en ocasiones un chico prometedor comienza a sentirse especialmente privilegiado, dotado de una importancia única y su desorbitada opinión de sí mismo no guarda relación con su capacidad real.

Finalmente, la sociedad mexicana más amplia cada vez influye más sobre la vida aldeana. En las cercanías está ubicado un gran ingenio donde se refina el azúcar, y algunos aldeanos han encontrado trabajo en él. Otros han ido a los Estados Unidos como braceros y han aprendido nuevos métodos de trabajo y nuevas actitudes hacia la vida. Desde que se introdujo la electricidad, hace diez años, los aldeanos escuchan la radio y recientemente han comenzado a beneficiarse con la televisión. Las influencias de los viajes, de la industrialización y de los medios de comunicación para las masas han formado nuevos deseos y han removido conceptos y creencias tradicionales, y el efecto es particularmente fuerte sobre los hombres que ahora están menos seguros sobre cómo educar a sus hijos, tienen menos confianza en las actitudes que los conducirán al éxito en la sociedad cambiante.

El cambio y las perturbaciones afectan a los hombres en una forma diferente de como afectan a las mujeres, y apuntan a una diferencia básica entre los sexos en la importancia de la sociedad para con su propia realización y productividad.

Aunque una mujer puede destacar en muchas ocupaciones, por naturaleza impresiona mucho más que el hombre, en su capacidad para crear la vida. En su sentido más profundo, ésta es la única creación real, y su enormidad se expresa en las religiones primitivas centradas alrededor de la diosa que puede dar la vida y quitarla,<sup>23</sup> y en los sueños y pensamientos inconscientes del hombre moderno. Para su creación, la mujer exige una sociedad relativamente estable, un hogar seguro con alimentos y abrigo suficientes.

<sup>22</sup> Un análisis de la forma en que una madre mexicana destruye la varonilidad de su hijo por la indulgencia y los mimos aparece en Jorge Silva García, “El temor del hombre a la mujer”, *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, 1:2, pp. 13-25.

<sup>23</sup> Por ejemplo, los tarascos adoraban a una diosa madre llamada Cueriúaperi, que significa “la que desata”. La significación de “desatar” a que se alude se refiere a desligar del vientre (vida) y de la tierra (muerte); Cueriúaperi era una diosa de la vida como de la muerte. Véase José Corona Núñez, *Mitología tarasca*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1957.



La creación natural está negada para el varón que debe depender del sistema social en cuanto a los medios de expresar sus talentos creadores. Al faltarles la capacidad de crear la vida, los hombres necesitan sentir que la sociedad justifica su actividad creadora con recompensas y prestigio económicos. La mujer no necesita dicha justificación. La sociedad puede imponerle impedimentos, hacerla sufrir, hacer insegura su vida, pero no es necesaria para su autorrealización como ser creador. Teóricamente, una mujer puede ser reina en su casa en tanto que su marido es esclavo de su trabajo. Aun cuando ella pueda ser explotada y estar resentida, la mujer que tiene hijos siente que es necesitada y hasta cierto punto se siente también productora. Si ella también está libre de la restricción masculina, no queda barrera alguna que bloquee su autoexpresión.

Para el hombre, la libertad es más complicada, más dependiente de la estructura de la sociedad. Un hombre debe no sólo estar *libre de* la autoridad restrictiva y de la explotación, pero también debe estar *libre para* realizarse a sí mismo. Sólo la sociedad, por los modos de trabajo que estimula, puede permitir a los hombres esta libertad para desarrollar sus talentos. En el caso de las mujeres, la naturaleza, más que la sociedad, es quien otorga este tipo de libertad. Pero un hombre que tiene que venderse como peón o que en la sociedad industrializada vende su talento está espiritualmente desmoralizado y derrotado, aun cuando pueda tener la ilusión de libertad.

Aun el campesino más pobre tiene una cierta ilusión de libertad, de libertad sexual, de libertad para cambiar de ocupación, de libertad para asistir a la escuela. Pero, ¿de qué le sirve esta libertad o esta educación si tiene que trabajar como jornalero con salarios de hambre? Regresa a su casa sintiéndose menos que un hombre, y no es pareja de una esposa agresiva y además es un modelo negativo para sus hijos.

El ejidatario que controla su tierra y el producto de su trabajo puede ser un hombre libre, si su carácter apoya las oportunidades que se le presenten. Pero la mayoría que no posee tierra, tiene muchas menos esperanzas de dignidad, aun cuando se las arregle para vivir por encima de un nivel de subsistencia. Dentro del sistema social, ni siquiera la educación mitiga el destino del campesino, a menos que constituya un medio para buscar otras ocupaciones lejos de la aldea. Sin embargo, para las mujeres la educación es un símbolo de liberación, y los años de escuela están correlacionados significativamente con la productividad femenina y con la satisfacción, en tanto que guardan una correlación negativa con la agresividad. Pero para los hombres que permanecen en la aldea, la educación no es necesaria para el trabajo agrícola ni tampoco es un símbolo de libertad, y no existe una relación entre los años que se han pasado en la escuela y el carácter de los varones. En lugar de educación, el hombre de la aldea necesita un trabajo que le permita sentirse orgulloso y no enajenado.

### Conclusión

Dos factores, uno cultural y el otro económico, influyen decisivamente en las relaciones entre los sexos y en el desarrollo de los caracteres masculino y femenino en la aldea. El primero es el choque subyacente entre el patriarcado y

un matriarcado engañosamente fuerte, de hombres tradicionalistas contra mujeres resentidas que sacan fuerza de las actividades revolucionarias en el mundo moderno. Las mujeres en rebelión atacan y socavan la hombría de los maridos que son ridiculizados y de los hijos que son mimados en exceso. Debido a que la mujer se considera a sí misma como la más débil, y como debido a su carácter por lo general es más fuerte que el hombre, puede ser despiadada en su rebelión, aunque, si se le permite la libertad, el resentimiento deja su lugar a una actitud productiva.

El segundo factor es socio-económico. La falta de tierra y la dificultad a que se enfrentan los hombres para sostener a su familia, y el sentirse necesarios dentro de la casa, aplastan la dignidad del hombre y lo privan de las armas necesarias para contrarrestar el temor que sienten por las mujeres. Así, la estructura social deja de apoyar el desarrollo de un carácter masculino fuerte, como en el caso de los negros norteamericanos pobres y de los emigrantes empobrecidos urbanos que salen del campo en los Estados Unidos, origina que las condiciones favorezcan los hogares matriarcales.<sup>24</sup> La mayoría de los aldeanos deben trabajar como jornaleros y como peones, trabajo donde se les explota y que derrota a muchos hombres con estructuras de carácter positivas.

La relación del hombre con la mujer no puede ser superior a sus relaciones con el trabajo y con la naturaleza. Su modo de asimilación es su forma de buscar afecto, y la estructura socio-económica es la que determina el modo de asimilación mejor adaptado para la supervivencia dentro de esa sociedad. Si el hombre no tiene fe en su poder para producir, no puede creerse capaz de producir amor. No les permitirá libertad a los demás, pero tratará de poseer a otra mujer y de conservarla por la fuerza a fin de sentirse seguro. En esta forma, la estructura de trabajo de la sociedad, el modo de asimilación que favorece, los modos de relación que conforma y el grado de creatividad-productividad que permite moldear las relaciones del hombre con la mujer y, a su vez, las reacciones de la mujer hacia el hombre. El joven Marx describió la importancia de gran alcance de las relaciones entre los sexos como la clave para determinar el nivel de humanidad del hombre cuando escribió que:

Desde esta relación puede estimarse todo el nivel de desarrollo del hombre. Se sigue de esta relación el grado en que el *hombre* se ha convertido y se ha comprendido a sí mismo como un *ser de la especie*, como un *ser humano*. La relación del hombre con la mujer es la relación *más natural* de un ser humano con otro ser humano. Indica, por lo tanto, hasta dónde la conducta *natural* del hombre se ha convertido en *humana*, hasta dónde su esencia *humana* se ha convertido para él en una esencia *natural*, hasta dónde su *naturaleza humana* se ha convertido en *naturaleza para él*. También muestra hasta dónde las *necesidades* del hombre se han convertido en *necesidades humanas* y, consecuentemente, hasta dónde la otra persona, en cuanto persona, se ha convertido en una de las necesidades de

<sup>24</sup> Michael Harrington describe las fuerzas que producen hogares matriarcales entre los emigrantes trabajadores del campo en St. Louis, y los factores determinantes son similares a los de la aldea. Véase *The Other America*, Baltimore, Penguin Books, 1963, página 98.



él, y hasta qué punto él es, en su existencia individual, al mismo tiempo un ser social.<sup>25</sup>

CUADRO 2. Rasgos del carácter que distinguen a los hombres de las mujeres

Rasgos	Por ciento de hombres	Por ciento de mujeres	$\chi^2$
Narcisismo-indiferencia	40	27	8.74**
Indulgencia	32	19	8.14**
Receptividad dominante	51	36	9.72**
Receptividad	79	62	14.08**
Autoridad tradicional	64	49	9.21**
Democráticos	45	30	10.80**

\*\* Significativo al nivel del 1 por ciento.

CUADRO 3. Rasgos del carácter que distinguen a las mujeres de los hombres

Rasgos	Por ciento de hombres	Por ciento de mujeres	$\chi^2$
Masoquismo	18	40	22.44**
Acumulativo dominante	22	39	13.81**
Acumulativo	46	65	14.49**
Rebeldía	32	45	8.37**
Rebeldía pasiva	8	20	12.21**

\*\* Significativo al nivel del 1 por ciento.

CUADRO 4. Rasgos del carácter que no distinguen entre los sexos

Rasgos	Por ciento de hombres	Por ciento de mujeres
Sadismo	30	23
Destructividad	21	27
Narcisismo extremo	15	12
Responsabilidad-amor condicional	55	63
Amor	13	13
Productividad de moderada a alta	50	50
Explotación	27	26
Autoritarismo	28	28
Sumisión	77	81
Fijación intensa a la madre	17	14

CUADRO 5. Productividad correlacionada significativamente con los rasgos del carácter

Rasgos	Jefes de familia varones (N= 115)	Esposas (N= 94)
Responsabilidad-amor condicional	36**	17
Amor	30**	33**
Receptividad dominante	— 41**	— 09
Receptividad	— 35**	— 14
Acumulativo dominante	32**	05
Acumulativo	25**	02
Autoridad tradicional	27**	16
Democráticos	27**	30**
Sumisión	— 23*	— 10
Fijación a la madre	— 24*	— 25**
Destructividad	— 13	— 28**
Rebeldía	— 03	— 24*

\*\* Significativo al nivel del 1 por ciento.

\* Significativo al nivel del 5 por ciento.

<sup>25</sup> En Erich Fromm, *Marx's Concept of Man*, Nueva York, Frederick Ungar, 1961, página 126.



CUADRO 6. *El dominio de los hombres relacionados con variables psicológicas y económicas*

Rasgos	Número de maridos con rasgos	Porcentaje de maridos dominantes	r
Productividad alta	44	75	28**
Productividad baja	42	57	
Receptivo dominante	50	54	— 35**
Acumulativo dominante	17	88	27*
Fijación a la madre	47	55	— 23*
Sin fijación a la madre	40	80	
Machismo en alto grado	41	59	— 12
Machismo en bajo grado	43	77	
Violento	25	56	— 12
No violento	62	71	
Alcohólico	16	25	— 41**
Excesivo	16	69	
Bebe moderadamente	32	72	
Abstemio	32	94	
Clase económica baja	26	58	23*
Clase económica media	33	67	
Clase económica alta	22	77	

\*\* Significativo al nivel del 1 por ciento.

\* Significativo al nivel del 5 por ciento.

## EFFECTOS DE LA “PRIVACIÓN MATERNA” EN EL LACTANTE ENFERMO HOSPITALIZADO

Joaquín de la Torre\*

LA PRIVACIÓN materna, que también ha sido designada como hospitalismo (1), retardo ambiental (2), privación de afecto (3) y privación emocional (4), es un problema con implicaciones pediátricas importantes, con trascendencia en el conocimiento del desarrollo psicológico del niño, con proyecciones muy amplias sobre terrenos antropológicos, sociales, educativos, legales, administrativos y otros, y ha venido a revolucionar, no sólo la atención del niño hospitalizado o de aquel abandonado e internado en instituciones, sino también la política seguida en la adopción, en el cuidado del niño en “guarderías” y en el trabajo social. Nos ha parecido un tema que amerita ser revisado con base en algunas observaciones realizadas en el servicio de medicina del Hospital Infantil de México, discutiendo brevemente los estudios que nos parecen más importantes al respecto y refiriéndonos en particular a ciertos rasgos clínicos observados como resultado de la hospitalización del lactante.

El lactante humano, más que el de cualquier otra especie animal, requiere para su supervivencia del cuidado del adulto por un tiempo prolongado. La investigación científica ha aclarado conocimientos fisiológicos que han resultado en el abatimiento de la mortalidad en múltiples padecimientos. Menos aparentes se han hecho, sin embargo, las necesidades fundamentales que tiene el niño, de contactos físicos amables, sonidos agradables, tonos de voz humana diversos, juego antigravitacional, estímulo visual y de todo aquello que constituye la sutil comunicación interpersonal; en suma, de todas las acciones y actitudes que de ordinario tiene una madre cariñosa con su hijo (5). La evidencia clínica y experimental sugiere que estos aspectos no son menos importantes para la supervivencia del lactante y para su desarrollo y crecimiento normales, que la ingestión calórica y vitamínica adecuada.

Los conceptos de privación materna han evolucionado, extendiéndose y profundizándose en su significado. La primera observación pediátrica sistematizada apareció en el año de 1908 con los trabajos de Chapin (6) sobre lactantes “atróficos” que habían permanecido en instituciones por largo tiempo. En 1915 presentó ante la *American Pediatric Society* el resultado de sus observaciones practicadas en 10 asilos para niños, situados en diversas regiones de los Estados Unidos de Norteamérica (7), y pudo informar que en ellos, menos en uno, todos los niños menores de 2 años habían muerto. Knox, en la discusión de este trabajo, describió un estudio hecho por él en la ciudad de Baltimore, que comprendía 200 lactantes hospitalizados en diversas instituciones; de ellos el 90 % murió antes de un año y el 10 % que sobrevivió lo hizo porque, por una u otra causa, habían salido de esos lugares y sido puestos bajo el cuidado de

\* Jefe del Servicio de Medicina Interna del Hospital Infantil de la ciudad de México.